

# Homenaje mínimo a Jacques Le Goff: El despliegue de la cultura medieval y el nacimiento de Occidente

[Minimum Tribute to Jacques Le Goff: The takeoff of the Medieval Culture and the birth of the West]

[Homenagem mínima a Jacques Le Goff: A decolagem da cultura medieval e o nascimento do Ocidente]

*João Vicente Ganzarolli de Oliveira*

## Resumen

Este artículo es un homenaje al historiador francés Jacques Le Goff (1924-2014), que dedicó la mayor parte de su vida académica a los estudios sobre la Edad Media. Le Goff cursó sus estudios escolares mientras era joven (a los doce años de edad leyó el *Ivanhoe* y nunca más se separó de los asuntos de aquella época tan nostálgicamente amada por la generación de Walter Scott, Goethe, Víctor Hugo y demás románticos); y joven era el Occidente en este periodo que se suele denominar “Edad Media”. El estilo de Le Goff –en sus clases igual que en sus charlas y escritos– tenía precisión matemática. En su *Saint Louis* (1996) hay una oración que parece condensar la visión de Le Goff con relación a la Historia: “no se escribe Historia apoyado en meras suposiciones”. Honrado seguidas veces por las más diversas universidades del mundo, Le Goff representa un hito de los más importantes en lo que se refiere a los múltiples aspectos del Medioevo; al mismo tiempo el autor y su obra se revelan esenciales para todos aquellos interesados en la comprensión de ese fenómeno histórico que fue el nacimiento del Occidente.

*Palabras clave:* Jacques Le Goff - Cultura de la Edad Media - Europa - Occidente

## Abstract

This article has been written as a tribute to the French historian Jacques Le Goff (1924-2014), who dedicated most of his academic life to the subject of the Late Middle Ages. Le Goff's choice was taken when he was still young; and young was also the Western World in this period that we denominate “Middle Ages”. Le Goff was modest and his style –whether in his classes, speeches or writings– was marked by mathematical precision. In his *Saint Louis* (1996) there is a sentence that seems to summarize Le Goff's approach to History: “one cannot write History based on mere ‘ifs’”. Le Goff had been frequently honored by some of the most prominent universities in the world. His work is a fundamental mark in what concerns the study of the medieval world and its many different aspects; at the same time it

is an essential tool for all those interested in understanding the birth of Europe and the very West as a whole.

*Keywords:* Jacques Le Goff - Middle Age Culture - Europe - Western World

## Resumo

Este artigo é uma homenagem ao historiador francês Jacques Le Goff (1924-2014), que dedicou a maior parte de sua vida acadêmica ao tema da Baixa Idade Média. Le Goff fez sua escolha ainda jovem; e jovem era também o mundo ocidental neste período que denominamos “Idade Média”. O estilo de Le Goff –em suas aulas, conferências ou em seus escritos– foi marcado pela precisão matemática. No seu ensaio *Saint Louis* (1996) há uma sentença que parece sumarizar o posicionamento de Le Goff com relação à história: “não se pode escrever a história com base em meras suposições”. Homenageado muitas vezes pelas mais importantes universidades do mundo, Le Goff desponta como marco fundamental para o estudo da Idade Média em seus múltiplos aspectos; ao mesmo tempo, o autor e sua obra revelam-se essenciais para a compreensão do nascimento da Europa e do próprio Ocidente como um todo.

*Palavras chave:* Jacques Le Goff - originalidade e valor da cultura na Idade Média - o nascimento da Europa e próprio Ocidente

*A partir de 1060 aparece ya el nuevo Occidente, por lo menos en dos zonas de la Cristiandad: al noroeste de la baja Lotaringia y en Flandres (Jacques Le Goff).*

*La Edad Media soñó constantemente con encontrar la cultura antigua, y su muerte fue provocada por ese mismo encuentro (Albert Pauphilet).*

## Introducción

La escritura de este artículo me surgió al recibir la noticia de la desaparición de Jacques Le Goff, seguramente uno de los más completos medievistas de todos los tiempos.<sup>1</sup> En una revista se publican artículos y estos se hacen con un número máximo de páginas. El mío tiene pocas, algo más que una decena, y es con ellas que le rindo mi escueto homenaje.

Tuve la alegría y el honor de conocerlo en París durante el año de 1998, cuando él dictaba una conferencia sobre su libro que había sido editado unos dos años antes: la biografía comentada de San Luis, rey que personifica el Gótico de manera tan intensa que llega a confundirse con él. Fue él quien mandó erigir, en el siglo XIII, la Sainte Chapelle. Es una de esas muchas síntesis de belleza bajo las formas de piedra, madera, vidrio y colores que el arte gótico ofrece a los ojos. De las más de novecientas páginas de su *Saint Louis*, hay una oración que considero fundamental para la comprensión del pensamiento de Jacques Le Goff: “no se escribe la Historia con el apoyo de

<sup>1</sup> Escribí este artículo en noviembre del 2014. Agradezco a mi amigo Mauro Lino do Nascimento por sus importantes sugerencias.

meras suposiciones”.<sup>2</sup> Con esas palabras, Le Goff resume una de las características centrales de la *Nueva Historia* (escuela de historiadores creada por él y su colega Pierre Nora en los años 1970), que es esa de concentrar al máximo las investigaciones históricas en el análisis de documentos y otras fuentes primarias. Los meros “pienso que” (típico de los historiadores-aventureros de la generación actual) y “he oído decir que” (que trajo imprecisiones a la obra de Heródoto) son abandonados en beneficio del “uno escribió que”.<sup>3</sup>

La conferencia de Le Goff que escuché en París me llamó la atención no sólo por su contenido, sino también por su forma. Equilibró su erudición y cultura asombrosas con la modestia y la simplicidad dignas de Sócrates. Tenía que ver con Santo Tomás de Aquino (protagonista suyo de *Les intellectuels au Moyen-Age* (editado por primera vez en el 1957) no sólo por cierta rotundidad (Le Goff era la antítesis física del Quijote), como por su simpatía, humildad y precisión matemática al exponer y desarrollar sus ideas. Le Goff llegaba a ser euclidiano en su argumentación; si la distancia más corta entre dos puntos es la recta, ¿por qué seguir una curva? Adversario sin tregua del name-dropping, de los sofismas, las falacias y de todas las otras pláticas oratorias destinadas a ocultar la deshonestidad del pseudo-intelectual, Le Goff estuvo entre las versiones más próximas del Sabio ideal de Platón. Hincó raíces en las contiendas intelectuales del mundo universitario (un mundo que Le Goff conocía como pocos y dentro del cual se tornó avis rara) por el malísimo hábito de traer a primero plano argumentos que no pertenecen a él, y eso con el propósito de desviar la atención del tema principal, evitando así la confrontación directa con verdades desagradables y que no podrán ser contestadas. Su inventor fue Caín, quien quiso engañar a Dios. Cuando Dios le preguntó por Abel, asesinado por él, así fue la respuesta de Caín: “No lo sé. ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?”<sup>4</sup> Dios no cayó en la trampa semántica, pero esa moda tuvo éxito.

Honrado seguidas veces por las más diversas universidades del mundo, Le Goff representa un hito de los más importantes en los estudios sobre el Medioevo; el autor y su obra se revelan esenciales para la comprensión de ese fenómeno histórico impar que fue el nacimiento del Occidente. Nuevo Orígenes, Jacques Le Goff escribió una montaña de libros, artículos, presentaciones, prefacios y capítulos de obras colectivas. Muy erudito y culto,

<sup>2</sup> “On n’écrit pas l’histoire avec des si” (Jacques Le Goff, *Saint Louis* [París, Gallimard, 1996], 18).

<sup>3</sup> Sobre Heródoto, en particular, se debe tener en cuenta la tentativa infatigable de precisión e imparcialidad para alcanzar la veracidad de los hechos que componen su obra imperecedera. Cuando tenía dudas, Heródoto las aceptaba como tales: “Nadie sabe con seguridad si la Europa es circundada por agua al este y al norte de sus tierras” (Heródoto, *Historias* [París: Les Belles Letres, 1946], IV, 45).

<sup>4</sup> Génesis 4:9.

se puede decir de él lo mismo que dijo San Agustín acerca del polígrafo romano Marco Terencio Varrón (116-127 a.C.): “Había leído tanto, que no se sabe dónde sacó tiempo para escribir, y escribió tanto, que es casi imposible leer todas sus obras”.<sup>5</sup> Pero eso sin olvidar una diferencia fundamental: Varrón fue un divulgador ecléctico, ocupado sobretudo en divulgar lo que había de más importante en la cultura griega, que los romanos consideraban superior a la suya propia<sup>6</sup> —y en tal divulgación consiste el gran mérito de Varrón—. El historiador Le Goff fue, desde su juventud, un descubridor y un innovador de la más fina estirpe: igual que Vasco da Gama y demás lusitanos de la epopeya de Camões, navegó con mucho coraje por “mares nunca antes navegados” de este océano de interrogaciones que es la ciencia histórica, siempre listo para mejorar lo que carecía de mejoramientos y crear lo que carecía de creación. Le Goff, como ya se dijo, es una referencia para el estudio de la Historia. Su obra es una referencia obligatoria para los historiadores. Establece un antes y un después en la nobilísima ciencia cuya paternidad se suele atribuir al griego Heródoto.

Las líneas siguientes se basan en lo máximo que he podido leer del extensísimo *corpus legofficus*, igual que en obras complementarias (con cuyos autores intento entablar un diálogo *legoffiano*, por así decirlo) y en mi muy corta (aunque intensa) experiencia de contacto personal con este gigante de la Cultura Universal que fue el francés Jacques Le Goff.

## El Medioevo según Le Goff

Le Goff solía destacar esta particularidad que tuvo la sociedad medieval, de haber sido marcada por la fidelidad, el honor y la jerarquía, valores en desuso en los días actuales.<sup>7</sup> La paternidad literaria de la clasificación tripartida (*oratores*, *bellatores* y *laboratores*: “unos ruegan, los otros combaten y por último los demás trabajan”) es del obispo francés Adalberón de Laón, según se verifica en la carta que escribió al Rey Roberto el Piadoso en el año 1016. Le Goff la utiliza repetidas veces en su obra; fue tan lejos como para hacer de ella un verdadero *topos* legoffiano.<sup>8</sup> Por un lado, Jacques Le Goff deja huérfanos a todos los que son admiradores de la Edad Media; por otro lado, él y su obra restauradora-interpretativa siguen más vivos que nunca en

<sup>5</sup> Guillermo Fraile, *Historia de la filosofía: Grecia y Roma*, vol. 1 (Madrid: B.A.C., 1975), 656-657.

<sup>6</sup> “Graecia capta ferum victorem cepit et artes intulit agresti Latio” (Horacio, Epístolas. II, 1, 156).

<sup>7</sup> Cf., por ejemplo, Jacques Le Goff, *Para um novo conceito de Idade Média: tempo, trabalho e cultura no Ocidente*, trad. Maria Helena da Costa Dias (Lisboa: Estampa, 1979), 158-159 et passim.

<sup>8</sup> Cf. Jacques Le Goff, *La baja edad media*, trad. Lourdes Ortiz, 11ª ed., (México/Madrid/Buenos Aires/Bogotá: Siglo Veintiuno, 1981), 19.

el pensamiento de los medievalistas más jóvenes. Le Goff vivió y produjo mucho. Sus libros son referencias obligatorias no sólo para los estudios sobre el Medioevo, sino para la propia Historia de la Cultura Universal. Nació en el 1924 y, todavía muy joven, se enamoró de la Edad Media y su amor por ella nunca se desvaneció a lo largo de su vida. Está errónea la idea que hace del joven un innovador; generalmente él no lo es. Le Goff fue una excepción y la regla, de hecho, es bien otra: la juventud suele ser la fase de la vida en la cual más firmemente se cree que las cosas deben continuar siendo como lo fueron antes y como serán después. Es como si esa perpetuidad formara parte del orden natural de las cosas. El afán de cambiar, de revertir ese orden, es uno de los síntomas de aquella misma creencia. Si el joven predica la innovación, muchas veces es porque, en el fondo, él no quiere que las cosas cambien. Por su parte, quiere seguir siendo joven, siempre con el afán de revertir el orden de las cosas y predicando esa reversión. Generalmente le interesa menos la innovación que luchar por ella. Él bien sabe que, cuando las cosas realmente cambian, suele desaparecer la voluntad de cambiar, igual que la propia condición de joven. De ahí viene la impresión que éste suele tener, de que los niños siempre fueron y serán niños; los jóvenes, jóvenes; los adultos, adultos; los viejos, viejos.

Es con tales impresiones en la mente que pienso en la división clásica, oriunda de los griegos, adoptada para el estudio de la Historia: en perfecta analogía con los seres vivientes, todas las sociedades humanas suelen tener una niñez y una juventud, seguidas por la madurez y la vejez.<sup>9</sup> En lo que concierne al Occidente, uno puede decir que su niñez fue greco-romana y su juventud, medieval –sin olvidar que el Imperio Romano no se extendió por Europa entera; su núcleo siempre fue mediterráneo: Irlanda, Escocia, Escandinavia, los Países Bajos, la mayor parte de la Germania y casi toda la Europa oriental siempre estuvieran fuera del *limes romanus*–. Al Islam se debe la destrucción de la antigua unidad cultural del mundo mediterráneo; el hecho es que, “Hacia el año 750, la vieja unidad de la civilización mediterránea antigua había dejado paso definitivamente a tres áreas económicas, políticas y culturales dotadas de progresiva individualidad: el Occidente latino, el Imperio de Bizancio, el Islam”.<sup>10</sup> Ubicado cronológicamente entre la caída de Roma (476) y la de Constantinopla (1453), el milenio que se suele

<sup>9</sup> Cf. *De civitate Dei*, I, 9-10 et passim; ver también José Ferrater Mora, *Cuatro visiones de la historia universal* (Madrid: Alianza, 1988), 38 et passim; y Georges Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, trad. Alberto Méndez (Barcelona: Martínez Roca, 1974), 36-37.

<sup>10</sup> José Ángel García de Cortázar, Ruiz de Aguirre y José Ángel Sesma Muñoz, *Historia de la Edad Media: una síntesis interpretativa*, 4ª ed. (Madrid: Alianza, 2006), 25; ver también Henri Pirenne, *Mohammed and Charlemagne* (Londres: George Allen & Unwin Ltd, 1939), 166 et passim. No carecen de traducción estas palabras inmortales de Fernand Braudel: “J’ai passionnément aimé la Méditerranée, sans doute parce

llamar de Medioevo tuvo la particularidad de no seguir la regla referida en el párrafo anterior.<sup>11</sup> Así como el medievalista francés Jacques Le Goff, el Medioevo fue un joven atípico: era sinceramente innovador y tenía objetivos definidos para su afán de cambiar; quería re-erguir Europa tras el colapso de la civilización romana, propiciador de algunos siglos de estagnación cultural (o tinieblas, si se quisiera), y rescatar el ideal romano de unificación europea. Medievales son los monasterios y las universidades, fuentes de sabiduría y de estas cualidades tan raras cuanto importantes que son la *libertad de pensamiento* y la *autocrítica*: creadas y desarrolladas por los griegos, llegaron a los romanos, que las transmitieron a los medievales, responsables por hacer de ellas un rasgo fundamental de la cultura europea; la autocrítica y la libertad de pensamiento son condiciones necesarias para que se acepte aquello que es nuevo. No sorprende que el Medioevo sea caracterizado por la convivencia entre opiniones tan diversas, por ejemplo, la de San Francisco, adversario de las ciencias, y la del franciscano San Buenaventura, entusiasta de las mismas.

Nuevo, para el medieval, era el cristianismo, religión instituida por Jesucristo, confirmadora de Redención y Salvación para la humanidad, además de cimiento inigualable de la civilidad y de la propia vida moral del Occidente; nueva, para el medieval, era su producción artística, 97 % de la cual consagrada a la religiosidad. El contraste con el arte moderno no podría ser más exacto, con sus modestos 3% de concentración en los temas religiosos.<sup>12</sup> Hasta el siglo XI, más o menos, apenas dos géneros literarios florecen: la hagiografía y la canción de gesta; la prerrogativa era loar a los santos y a los héroes. Nuevísima era la obra de un San Agustín (354-430), gigante del pensamiento que influyó más que ningún otro sobre la cultura occidental.<sup>13</sup> Radicalmente nueva era la música sacra del Medioevo, venida de las Iglesias del Oriente, pero luego modificada y, posiblemente a partir del siglo VII, bifurcada en diferentes voces: la polifonía, aunque presente en diversos compartimientos de la Geografía y de la Historia, encontrará en la Europa medieval su residencia más adecuada; ninguna otra cultura dará a la polifonía

---

que venu du Nord, comme tant d'autres, après tant d'autres?" (*La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II. La part du milieu*, 9ª ed. [Paris: Armand Colin, 1990], 11).

<sup>11</sup> Es en pro de la concisión que escojo esta división más convencional apoyada en el binomio Roma-Constantinopla; se sabe que el número de divisiones cronológicas posibles para el Medioevo varía mucho de un lugar para otro, igual que de un historiador a otro. Hace unos 60 años, Will Durant dijo que "La Edad Media es una condición así como un periodo: debemos finalizarlo en Europa Occidental con Cristóbal Colombo; Rusia sigue medieval hasta el tiempo de Pedro el Grande (muerto en el 1725) e India hasta los tiempos nuestros" (*História da civilização. A Idade da Fé*, trad. Leônidas Gontijo de Carvalho et alii], 2ª ed. [São Paulo: Cia Editora Nacional, 1957], 4ª parte, v. IV, 382).

<sup>12</sup> Cf. Alois Dempf, *La expresión artística de las culturas*, trad. José María Valverde (Madrid: Rialp, 1962), 28.

<sup>13</sup> Cf. Emil Franzel, *Geschichte des deutschen Volkes* (Munich: Adam Kraft, 1974), 19-20.

un refinamiento como ese que vemos en Occidente; en ninguna otra cultura nacerán personajes de la estatura de San Agustín, Boecio, Guido de Arezzo, Pérotin, Guillaume de Machaut y tantos otros que, cada cual a su manera, conducirán la novedad polifónica a la perfección sin precedentes evocada por los nombres de Josquin des Prés, Palestrina y Bach. Sin ese recurrido de mil años de experiencias polifónicas, sería imposible pensar en Mozart y en Beethoven.<sup>14</sup>

El Medioevo es un mundo esencialmente religioso y moral. El *homo medievalis* nada tiene de estático. Sabe que son solamente dos las posibilidades de elección para su destino: subir hasta el cielo o bajar rumbo al infierno; en el medio término está el *purgatorium*, lugar de expiación cuya existencia es oficialmente asegurada a partir del siglo XII.<sup>15</sup> Ninguna otra obra literaria anterior o posterior al Medioevo revela mejor esa verticalidad espiritual del hombre que la *Commedia* de Dante, llamada por Le Goff de “testamento poético do siglo XIII”.<sup>16</sup> Óigase también a Fulton Sheen:

Antiguamente, vivía el hombre en un universo tridimensional en donde, en esa tierra que él habitaba con sus vecinos, arriba estaba el cielo y abajo el infierno. Olvidando Dios, la visión del hombre quedó reducida a una sola dimensión. El hombre cree ahora que su actividad está limitada a la superficie de la Tierra —un plan sobre el cual uno ya no se mueve subiendo hacia Dios o bajando hacia Satanás, pero solamente para la derecha o para la izquierda. La vieja división teológica de los que están en estado de gracia y de los que no están dio lugar a la separación política entre derechistas y izquierdistas. El alma moderna limitó definitivamente sus horizontes. Habiendo negado los destinos eternos, llegó a perder hasta mismo su confianza en la naturaleza, pues la naturaleza sin Dios es traidora.<sup>17</sup>

Le Goff solía pensar en Europa como una entidad inseparable, superior a la separación este-oeste, petrificada por la Cortina de Hierro —metáfora usada por Churchill en el 1946 (*Iron Curtain*), pero creada por Joseph Goebbels

<sup>14</sup> Cf. Hans Heinrich Eggebrecht, *Musik im Abendland* (Munich: Zúrique, Piper, 1996), 18; y Otto Maria Carpeaux. *Uma nova história da música* (Rio de Janeiro: Zahar, S/f), 9 et passim. La importancia fundamental de la concepción de tiempo agustiniana para la música polifónica es el tema de un ensayo mío, de publicación prevista para el 2016 (cf. *Uma história da música polifónica: vozes medievais que iluminaram o Ocidente*, Rio de Janeiro, UFRJ).

<sup>15</sup> Cf. Jacques Le Goff, *La naissance du Purgatoire* (Paris: Gallimard, 1981), 203-204.

<sup>16</sup> Le Goff, *La baja edad media*, 263. “Dante fue para los pueblos de Italia lo que Homero fue para los griegos y Virgilio para los romanos. (...) La *Divina Comedia* representa el último gran mensaje de la Edad Media en su madurez y plenitud. Después de Dante, la humanidad ya no podía continuar en el punto sobre el cual permaneciera durante cerca de mil años. En la *Divina Comedia*, la concepción de mundo medieval se exprimió artísticamente con tal profundidad y riqueza de colores que la imaginación humana posterior no ha podido igualar” (Enrique Martínez López, *Apuntes sobre Historia de la Cultura*, University of California, Santa Bárbara, California, 2012).

<sup>17</sup> Fulton Sheen, *Angústia e paz*; trad. Oscar Mendes (Rio de Janeiro: Agir, 1950), 11. “El simple hecho de que no caminamos hacia adelante nos hace caminar para atrás. No hay llanuras en la vida espiritual: o subimos, o bajamos” (Ibíd., 29. Traducción del autor de este artículo).

con anticipo de un año (*Eiserner Vorhang*), para significar la línea divisoria entre una Europa libre y otra esclava.<sup>18</sup> Estamos hablando de una línea esencialmente ideológica, no tanto geográfica, conforme se nota en la obra de especialistas pertenecientes a la generación que se sigue a la de Jacques Le Goff, por ejemplo, los británicos Norman Davies (1939) y Tony Judt (1948-2010). Lo más sorprendente en este siglo XXI no es la constatación de que casi todas las sociedades siguen todavía la ley del más fuerte, *the law of the jungle*, según las interpretaciones posteriores dadas a una frase de Rudyard Kipling presente en un poema suyo. Lo que, sí, causa espanto es que una sociedad se haya desviado de la regla, buscando soluciones apaciguadoras: esa sociedad es la del Occidente –o, si se prefiere, Cristiandad occidental, realidad histórico-geográfica que comienza a configurarse en Europa del Medioevo, más específicamente en el período preferido por el medievalista Jacques Le Goff, que es el posterior al año mil.<sup>19</sup> El hombre medieval supo enfrentar y vencer dificultades de todos los órdenes: todavía en las cercanías del año mil, Europa era atacada incesantemente por el norte (vikings), el este (magiars) y el sur (musulmanes),<sup>20</sup> internamente, la situación no era más alentadora, pues el hambre, la antropofagia y las pestes hacían parte del cotidiano europeo de aquella época. Los relatos del monje borgoñés Raúl Glaber reunidos en sus *Historiarum* no dejan lugar a dudas sobre eso.<sup>21</sup> Le Goff llega a decir que “El hambre amenazaba sin treguas el hombre del siglo XI”.<sup>22</sup> La Europa del año mil era una Europa con

Pocos hombres inicialmente, muy pocos. Diez veces, veinte veces menos que hoy, quizás. Densidades demográficas que son las del centro de África actualmente. La

<sup>18</sup> ¿Es el racismo una consecuencia de la esclavitud o, como quieren algunos, es la esclavitud una consecuencia del racismo? Sobre el tema de la esclavitud y sus multifacéticas implicaciones (que de pronto nos conducen a la maldición bíblica sobre los hijos de Cam y nietos de Noé), no conozco libro más cautivante e instructivo que *Tablero de Ajedrez: Imágenes del negro heroico en la comedia española y en la literatura e iconografía del Brasil esclavista* (Paris: Calouste Gulbenkian, 1998), del hispanista y cervantista granadino Enrique Martínez López, profesor emérito de estudios luso-brasileños en la Universidad de Santa Bárbara, en California. En el 2012, tras muchas décadas dedicadas a la enseñanza y la investigación, Enrique, que era de la generación de Le Goff, partió para no más retornar a este valle de lágrimas; estaba *puro e disposto a salire alle stelle*, como dijo Dante acerca de sí mismo en la *Commedia* (*Purgatorio*, XXXIII, 145).

<sup>19</sup> Es por todos sabido, por ejemplo, que la Organización de las Naciones Unidas (una invención típicamente occidental) está muy lejos de la perfección; pero son instituciones como ella que impiden a nuestra sociedad global retroceder a la más completa barbarie.

<sup>20</sup> Cf. Raymond Ibrahim, *Crucified Again* (Nueva York/Washington: Gatestone Institute/Regnery, 2013), 9 et passim.

<sup>21</sup> Cf. *Historiarum*, IV, 10 et passim.

<sup>22</sup> Le Goff, *La baja edad media*, 18.

salvajería domina, tenaz. Y se torna aún más intensa cuanto más uno se distancia de las orillas mediterráneas, cuando uno traversa los Alpes, el Reno, el Mar del Norte.<sup>23</sup>

A fines del siglo XI, la situación ya es bien otra: las condiciones de vida mejoran significativamente y el número de europeos aumenta. La época es de movilidad geográfica y el hombre medieval comienza a recorrer su continente; tal es el prelude para la gran expansión geográfica del periodo siguiente, protagonizado por Marco Polo, Giovanni de Piano Carpini, Guilherme de Ruybroeck y tantos otros, etapa necesaria para los Grandes Descubrimientos de la Edad Moderna. El principal acicate para los viajes de comienzos de la Baja Edad Media viene de la religión: uno viaja, antes de todo, para visitar lugares santos como Jerusalén, Roma y Santiago de Compostela: las propias Cruzadas eran, a su manera, *peregrinationes*.<sup>24</sup> Pero hay también una gran sed de aventura y conocimiento; de eso nos hablan los *Carmina burana* y otros versos goliardos del siglo XII. Se está delante de un verdadero “mundo en marcha”.<sup>25</sup> La plástica figurativa no es ajena al mismo fenómeno; una nueva iconografía revela San Antonio y San Juan el Bautista no tanto como los eremitas que fueron, pero sí como “santos del camino”, modelos del viajero para una sociedad que no se cansa de cambiar de sitio y que ve en Cristo el propio camino por antonomasia: *Ego sum via*.<sup>26</sup>

El siglo XI es, también, el de la separación definitiva entre la Cristiandad de Occidente y la de Oriente (Bizancio); la desavenencia de 1054 entre el Papa de Roma y el Patriarca de Constantinopla es el marco divisorio de ese proceso que sólo hace consumir “el divorcio entre dos mundos que no habían cesado, desde la gran crisis del Imperio Romano en el siglo III y desde la fundación de Constantinopla, la Nueva Roma, en los comienzos del siglo IV, de separarse uno del otro”.<sup>27</sup>

El mundo carolingio –base cultural de lo que Giorgio Vasari (1511-1574) y sus contemporáneos lo llamaron *Rinascita*, o sea, Renacimiento– no coincidió exactamente con Europa, tampoco con el antiguo Imperio Romano Occidental. Bajo Carlomagno, el dominio franco se extendió sobre toda la antigua *Germania*, excepto Escandinavia e Inglaterra; la mayor parte de la Europa romana fue “francisada”, con excepción de la *Britannia*, de la mitad

<sup>23</sup> Georges Duby, “L’an mil”, en *L’Europe au Moyen Âge* (Paris: Flammarion, 1984), 13.

<sup>24</sup> Cf. Thomas F. Madden, Giles Constable, Jonathan Riley-Smith et al., *The Crusades: the Essential Readings* (Malden/Oxford/Victoria: Blackwell, 2008), 18.

<sup>25</sup> Régine Pernoud, *Luz sobre a Idade Média*, trad. António Manuel de Almeida Gonçalves (Lisboa: Europa-América, 1981), 201; ver también André Moisan. *Le Livre de Saint Jacques ou Codex Calixtinus de Compostelle: étude critique et littéraire* (Ginebra: Slatkine, 1992), 7 ss.

<sup>26</sup> Cf. Le Goff, *La baja edad media*, 50-52.

<sup>27</sup> *Ibid.*, 1.

sur de Italia y casi toda España. La parte oeste del mundo eslavo, que es Europa Central, también fue incluida en el joven Imperio del rey franco. En gran parte, la propia noción de “Europa” es carolingia: “Ya en tiempos de Carlomagno, los autores eclesiásticos comenzaron a identificar el término *Europa* con los territorios que él gobernaba o sobre los que ejercía la soberanía, y a considerarlos como coextensos con el mundo de la Cristiandad Latina”.<sup>28</sup> La “Gran Escandinava” empezó a configurarse con la expansión vikinga del siglo IX. Su proveniencia septentrional hizo de los escandinavos *nortmanni* (“hombres del norte”) en el léxico del Medioevo; luego estos “normandos” eran dueños de gran parte de las Islas Británicas, del oriente eslavo (Rusia) y del occidente aún desconocido; se hace referencia a de Groenlandia y Norteamérica, en donde los barcos escandinavos se harían presentes casi quinientos años antes que Cristóbal Colón; también se expandieron por Italia, Sicilia, norte de África y la Tierra Santa.<sup>29</sup>

## Conclusión

El proyecto medieval se cumplió: Europa logró resurgir después del año mil (más precisamente a partir de 1060) y supo sacar el mejor provecho de la herencia greco-latina que se propagó con intensidad acelerada por el continente, en realidad “una península sin nombre, larga y sinuosa, colocada como el mascarón de proa de un barco al final de la masa terrestre más grande del mundo”.<sup>30</sup> Es el “*take-off* medieval”, como lo llama apropiadamente Le Goff;<sup>31</sup> todo, en el año mil, concurría para el cumplimiento de ese fenómeno que Raúl Glaber sintetiza tan magistralmente en su metáfora. Superadas las vicisitudes del primer milenio, Europa (sobretudo Italia y Francia) se cubrió con un manto blanco de iglesias: *candidam aeccliarum vestem indueret*.<sup>32</sup> En verdad, Glaber se refiere al mundo entero (*mundus ipse*); no obstante, sus

<sup>28</sup> Francis Oakley, *Los siglos decisivos: la experiencia medieval*, trad. Néstor Miguez (Madrid: Alianza, 1980), 41.

<sup>29</sup> Cf. Jonathan Clements, *A Brief History of the Vikings* (Nueva York: Carrol & Graff, 2006), 98 et passim; ver también Josef Straykowski, *Early Church Art in Northern Europe* (Nueva York: Hacker Art Books, 1980), 15, 128 et passim.

<sup>30</sup> Norman Davies, *Europe East and West* (Londres: Pimlico, 2007), 1. No es inútil comparar esas líneas de Davies con las de Le Goff, cuando él habla específicamente del Occidente cristiano de la segunda mitad del siglo XI: “no es más que la extremidad todavía mal desbastada del área civilizada que se extiende desde el mar del Japón a las columnas de Hércules” (Le Goff, *La baja edad media*, 11). Es todavía Le Goff el que dice que, “A partir de 1060 aparece ya el nuevo Occidente, por lo menos en dos zonas de la Cristiandad: al noroeste de la baja Lotaringia y en Flandes, donde se pueden resaltar dos de sus manifestaciones espectaculares, el éxito inicial del movimiento social y político urbano con la caída de las franquicias de Huy (1066) y las primeras obras maestras del arte del Mosa” (ibid., 27).

<sup>31</sup> Ibid., 9.

<sup>32</sup> *Historiarum*, III, 13.

conocimientos de geografía se limitaban esencialmente al oeste europeo: del norte ibérico a la Renania, de los límites de Escocia hasta la Italia central. Las partes central y oriental de Europa eran, en la práctica, *terrae incognitae* para él y casi todos sus contemporáneos de Europa occidental. No sorprende que fuera así, pues los libros disponibles eran pocos, así como pocos eran los que podían leerlos. El Papa Silvestre II (946-1003), uno de los intelectuales más destacados de su tiempo, era poseedor de veinte libros, cifra considerada grande para esa singular Europa del año mil.<sup>33</sup>

La esencia de ese gran despliegue científico, artístico y cultural en general de Occidente está en los propios europeos medievales y, evidentemente, en los griegos, fundadores que son de la cultura occidental; ya en el siglo VI, el monasterio calabrés de Vivarium, bajo el liderazgo de Casiodoro, formó un equipo de traductores y copistas, verdaderos héroes anónimos, que inauguraron el proceso de divulgación de obras griegas que caracterizó el Alto Medioevo y permitió el surgimiento de “ciertos prerrenacimientos que anuncian, en el siglo VIII, la floración carolingia”.<sup>34</sup> En esa misma época, los sicilianos copiaron la obra del médico griego Dioscórides (c. 40-90), prueba de que había lectores para ella. Padre de la farmacología y de las técnicas de cura por medio de hierbas, Dioscórides tuvo sus escritos traducidos en latín, árabe y persa. Su presencia en la cultura medieval es una constante que deriva exclusivamente de sabios cristianos conocedores del griego y del latín.<sup>35</sup> Lo mismo se puede decir de los varios libros de Hipócrates y Galeno, así como para los tratados dichos hipocráticos y la enciclopedia médica de Oribasio, todos ellos profusamente divulgados desde el siglo VI, quizás antes aún. En Sicilia, centro de la antigua Magna Grecia, “la cultura griega se encontraba en casa”.<sup>36</sup> Traducciones latinas del corpus graecorum ya eran realizadas en la Francia del siglo VIII; en comienzos del siglo XII, a las vísperas del Románico, ellas se intensificaron, notablemente en la abadía francesa de Mont-Saint-Michel, en donde actuó el célebre Jacobo da Venezia —unos cincuenta años antes que los mismos textos comenzaron a ser traducidos del árabe al latín en las ciudades reconquistadas de Zaragoza y Toledo, verdadera “capital de la cultura europea en la segunda mitad del siglo XII”.<sup>37</sup>

<sup>33</sup> Cf. Jean-Pierre Langellier, “Gerbert d’Aurillac, l’horloger de Dieu”, en *Les héros de l’an mil* (Paris: Éd. du Seuil, 2000), 31.

<sup>34</sup> Le Goff, *La baja edad media*, 9.

<sup>35</sup> Cf. David Sutton et al., *Die grossen Naturforscher von Aristoteles bis Darwin*, org. Robert Huxley et al, trad. Frank Auerbach (Munich: Frederking & Thaler, 2007), 33-37.

<sup>36</sup> Sylvain Gouguenheim, *Aristoteles y el islam: las raíces griegas de la Europa Cristiana*, trad. Ana Escartín (Madrid: Gredos, 2009), 40.

<sup>37</sup> *Ibid.*, 48.

No se puede olvidar, tampoco, que los primeros traductores del árabe eran cristianos –cosa inevitable, dado el *parti pris* islámico según el cual la lengua de Mahoma era “superior” a todas las otras. Se está hablando de cristianos orientales trilingües (después hubo también judíos y cristianos occidentales, sobre todo españoles), que solían hacer la transposición del griego para el siríaco y de éste para el árabe. La cultura del Oriente musulmán “debe prácticamente todo al Oriente cristiano”.<sup>38</sup> Para el conocimiento y difusión del *corpus graecorum* en Occidente, las fuentes fueron otras, como se vio en el párrafo anterior. Sylvain Gouguenheim no ha sido el único medievalista en darse cuenta de esa independencia cultural de Occidente *vis-à-vis* del Islam. Las pesquisas de Régine Pernoud, muy anteriores a las suyas, convergen en el mismo punto: el Islam contribuyó sí, pero de forma indirecta, provocando con sus invasiones y persecuciones incontables diásporas de fugitivos griegos y orientales en general hacia el Occidente; entre ellos nunca faltaron sabios que portaban libros y tenían voluntad de enseñar a los muchos que querían aprender –no se debe olvidar que “Los libros circulan; los eruditos también” –.<sup>39</sup> Juntamente con otros miembros de la Academia Francesa (nominalmente Roger Pol-Droit, Jean-Yves Grenier y Claude Gauvard), Jacques Le Goff estuvo, hasta el fin de sus días, entre los defensores de Sylvain Gouguenheim.<sup>40</sup> Según el madrileño Serafín Fanjul, reconocido especialista en cultura islámica y en filología semítica,

El libro *Aristote au Mont-Saint-Michel. Les racines grecques de l'Europe chrétienne* (en español *Aristóteles y el islam: las raíces griegas de la Europa Cristiana*), de Sylvain Gouguenheim, es excelente, bien estructurado, magníficamente documentado y es precisamente eso que incomoda (*c'est ça qui fait mal*). De ser difícil contradecirlo con argumentos históricos, se recurrió al ataque personal.<sup>41</sup>

Se puede añadir lo siguiente: el simple hecho de haber sido duramente criticado por la gran mayoría de los académicos franceses cuenta en favor de

<sup>38</sup> Gouguenheim, *Aristóteles y el islam: las raíces griegas de la Europa Cristiana*, 91.

<sup>39</sup> *Ibid.*, 56; ver también Régine Pernoud, *Pour en finir avec le Moyen Âge* (Paris: Éd. du Seuil, 1977), 17-18. Ya en la primera mitad del siglo XX, el polímata español Marcelino Menéndez y Pelayo llegaba a las mismas conclusiones de Gouguenheim y Pernoud (cf. Marcelino Menéndez y Pelayo, *Estudios de crítica literaria* [Buenos Aires: Boreale, 1942], 21; ver también Josef Strzygowski, *Orient oder Rom: Geschichte der spätantiken und frühchristlichen Kunst* [Leipzig: J. C. Hinrichssche Buchhandlung, 1901], 150).

<sup>40</sup> Cf. Sylvain Gouguenheim, *Der Historiker zum Abschießen*, disponible en <http://stottilien.com/2012/05/14/sylvain-gouguenheim-der-historiker-zum-abschiesen/>; Internet (consultada el 10 de 07 de 2015); y “Le Goff défend Guouguenheim”, *L'Express*, 15 de mayo de 2008, disponible en [http://www.lexpress.fr/informations/le-goff-defend-gouguenheim\\_723012.html](http://www.lexpress.fr/informations/le-goff-defend-gouguenheim_723012.html); Internet (consultada el 10 de 07 de 2015).

<sup>41</sup> Serafín Fanjul, “Le «mythe d'Al-Ándalus», *La Nouvelle Revue d'histoire*, 62 (septiembre-octubre 2012): 34. Traducción del autor de este artículo.

Gouguenheim, sobre todo en tiempos como los nuestros, de dictadura de la corrección política; Marx tenía razón al decir que “la mayoría, casi siempre, está equivocada”.<sup>42</sup>

Bajo el patrocinio del Rey de Sicilia Rogerio II, el normando que hiciera de Palermo una nueva Alejandría, el geógrafo marroquí Al-Idrisi (1099-1165 o 1166) escribe su *Kitab nuzhat al-mushtaq fi'khtiraq al-'afaq* (“El libro de viajes placenteros en tierras distantes”); se basa en el helenista Ptolomeo y cierto “astrónomo” (a lo mejor, su contemporáneo Ishaq ibn al-Hasanal-Zayyat) y nos habla de un “gran océano envolvente”, que “baña la parte occidental del globo terrestre”; se trata, obviamente, del Atlántico, en donde él, todavía creyente en los mitos antiguos diseminados por los navegantes cartagineses como estrategia de defensa para sus intereses comerciales, afirma que existen monstruos.<sup>43</sup> Iniciadas en el siglo XV, las Grandes Navegaciones (primeramente ibéricas, pero luego también inglesas, francesas y holandesas) probarán que no había tales monstruos, tampoco abismos que impidieran el tránsito de las naves; la cartografía modesta de los antiguos y medievales, reducida a tres continentes, se ve incrementada de una “*quarta pars orbis terrarum*”: América;<sup>44</sup> luego, los europeos (que ya se pueden autodenominar “occidentales”) descubrirán una quinta (Oceanía) y una sexta (Antártica) partes de un mundo que no cesará de provocarles interrogantes de toda especie y en todas las ramas del saber: son el Renacimiento, la Revolución Científica y Tecnológica, creaciones exclusivamente occidentales que cambiarán de forma definitiva el destino de toda la humanidad.

En la Edad Media, la ciencia se mezclaba espontáneamente con la alegoría; los símbolos se confundían con la propia vida; eran parte integrante de todas sus manifestaciones. Así, por ejemplo, los obispos romanos del Medioevo simbolizaban el “esplendor de la Roma imperial y de los misterios del apostolado de Pedro”.<sup>45</sup> “El mundo es un símbolo –he aquí una idea bien

<sup>42</sup> Olavo de Carvalho, *O mínimo que você precisa saber para não ser um idiota* (São Paulo: Record, 2013), 279.

<sup>43</sup> Cf. Al Idrisi, *Nuzhat al-Mushtaq* (París: Flammarion, 1999), IV, 1; ver también Hermann Kinder et al, *Atlas historique*, trad. Pierre Mougenot (París: Stock/Perrin, 1987), 69; y Theodor Mommsen, *Römische Geschichte*, 12ª ed. (Berlín: Weidmann, 1920), II, 4.

<sup>44</sup> Aunque Alemania no haya sido una nación de navegantes en la Era Moderna (menos aún en el Medioevo) –y ni siquiera una *nación*, en el sentido de unificación político-geográfica que este concepto exige– los alemanes han tenido importancia fundamental en la fundación y la propia construcción de esa realidad histórica que Américo Vespucio vino a llamar de *Nuevo Mundo*. La Historia todavía no concedió la justa atención investigadora a ese tema; es un vacío cultural que libros como *Der Ruf der Neuen Welt. Deutsche bauen Amerika*, del historiador y antropólogo norte-americano Victor W. von Hagen (Ilm: Knaur, 1974), empezaron a llenar en los años 1970.

<sup>45</sup> Oakley, *Los siglos decisivos: la experiencia medieval*, 39.

medieval”, dijo el pensador austro-brasileño Otto Maria Carpeaux.<sup>46</sup> Poco después del año 1000, el monje agustiniano Otlón de San Emerán reafirmó la tesis de San Agustín según la cual “la Trinidad se refleja en la Creación”.<sup>47</sup> Dijo que había en todos los sonidos y formas una triple armonía, equivalente a los intervalos musicales de octava, quinta y cuarta. En el tratado *Ars cantus mensurabilis* (c.1260), se considera que las consonancias de cuarta y de quinta están sobre el punto medio entre la perfección (o sea, el unísono y la octava) y la imperfección (las segundas y principalmente el tritono, *diabolus in musica*); de ahí que las cuartas y las quintas sean “los acordes más bellos de la polifonía”.<sup>48</sup> El hombre medieval tenía la fe como norte de su brújula para la vida cotidiana; en la abadía benedictina de Cluny, los monjes rezaban ininterrumpidamente, y eso era lo que esperaba de ellos el hombre medieval, “siempre ávido de testigos de vida santa”.<sup>49</sup> En el siglo XIV, los cimientos del edificio medieval ya evidenciaban sus grietas; los testimonios de eso son muchos: de la Guerra de los 100 Años a la Peste Negra; de la internacionalización de la arquitectura gótica a la “inquietud e inestabilidad” que se verifica en la música.<sup>50</sup>

La Historia también es hecha de silencios. “De la Edad Media, los hombres y mujeres medievales no sabían nada”,<sup>51</sup> dijo en buena hora el investigador británico Francis Oakley. Los medievales se consideraban contemporáneos de su propia Edad, de la misma manera como nosotros nos consideramos de la nuestra. La Edad Media fue la juventud de Occidente; se distinguió de las juventudes usuales porque sabía lo que buscaba; fue humilde y abierta a las novedades, que seleccionó con sabiduría. Cometió errores, los reconoció (cosa rara) y se esforzó por corregirlos (cosa rarísima). En el arte y la ciencia, quería aproximarse de los antiguos, pero acabó por superarlos; y cuando eso ocurrió, la Edad Media, llamada por Petrarca de *tempora media*, siempre humilde, salió de escena y cedió lugar al Renacimiento; nació un “mundo verdaderamente nuevo, verdaderamente moderno”.<sup>52</sup> La identidad cultural del Medioevo es cosa irrefutable. El milenio trascurrido entre los siglos V y XV tuvo su Historia propia, que no es greco-romana ni tampoco moderna, como Jacques Le Goff siempre remarcó durante su

<sup>46</sup> Otto María Carpeaux, *História da literatura ocidental*, tomo I (Rio de Janeiro: O Cruzeiro, 1959), 257.

<sup>47</sup> Cf. *De Trinitate*, IV, 10, 11.

<sup>48</sup> Edgard De Bruyne, *Historia de la Estética*, trad. Armando Suárez, tomo II (Madrid: B.A.C., 1963), 624.

<sup>49</sup> Jan Dhondt, *La Alta Edad Media*, trad. A. Esteban Drake, 20ªed. (México/Buenos Aires/Madrid: Siglo Veintiuno, 1993), 242.

<sup>50</sup> Le Goff, *La baja edad media*, 281.

<sup>51</sup> Oakley, *Los siglos decisivos: la experiencia medieval*, 9.

<sup>52</sup> Le Goff, *La baja edad media*, 282.

larga vida intelectual:<sup>53</sup> es una cultura heterogénea, en la cual muchas veces el retraso se mezcla con el progreso; el obscurantismo con la iluminación; la barbarie con la civilización.

En algún momento del periodo medieval, comienzan a ser superadas la impotencia frente a la naturaleza, la ineficacia de la técnica, las calamidades y los terrores. Pasado el año mil, Europa concreta su revolución agrícola y comercial; el desarrollo demográfico y la división del trabajo tiene por contrapunto el brote de ciudades nuevas y resplandecientes —que renacen como flores de semillas urbanas adormecidas desde la caída del Imperio Romano, o bien surgen de la nada, como si fueran champiñones—: entre 1050 y 1300, la Cristiandad “aumenta aproximadamente en un tercio el número de bocas que hay de alimentar [pensemos en la agricultura y los objetos de primera necesidad...], cuerpos que hay que vestir [los vestidos...], familias que hay que alojar [las viviendas...] y almas que es preciso salvar” [las iglesias, los artes románico y gótico].<sup>54</sup> La seguridad se traduce políticamente en la *pax de Dios*, ya embrionaria en el siglo X y artículo de bula papal en 1095, por ocasión de la Primera Cruzada, predicada por Urbano II. Se habla de una cultura y una sociedad que existió por más de mil años, durante los cuales pasó a existir esta realidad geográfica, histórica y cultural a la que se denomina *Occidente*; para el mencionado milenio, sin embargo, todavía no se tiene un nombre que lo defina de modo satisfactorio.

João Vicente Ganzarolli de Oliveira  
 Universidad Federal de Río de Janeiro, Brasil  
 E-mail: jganzarolli@usa.com

Recibido: 10/11/2014  
 Aceptado: 10/07/2015

<sup>53</sup> Le Goff fue ejemplo vivo de que, incluso en tiempos de especialización excesiva como estos en que vivimos, es posible a un *scholar* alcanzar el saludable equilibrio entre la concentración en un tema y la atención a la cultura general. Su obra nada tiene que ver con la compulsión moderna de saber cada vez más acerca de cada vez menos (“the modern compulsion to know more and more about less and less” -Norman Davies, *Europe, a History: a Panorama of Europe, East and West, from the Ice Age to the Cold War, from the Urals to Gibraltar* [Nova Torque: HarperPerennial, 1998], 1).

<sup>54</sup> Le Goff, *La baja edad media*, 31.